

ERAN LAS OCHO

Llegué una hora antes de las ocho a la Alianza, me senté en la terraza del restaurante, me pedí un pisco sour y me prendí un cigarro. Poco después llegaron Guillermo y Mario. Me saludaron con mucho gusto y se sentaron a mi lado. Junto a nosotros había europeos hablando en francés, artistas, actores, actrices, autores, poetas y bohemios.

Me preguntaron qué perfume usaba que olía tan rico. Mientras conversábamos amenos, nos pedimos otros vinos y nos prendimos más cigarros.

Yo les conté que el domingo pasado me había ido a bucear pero que mi físico me estaba traicionando por tanto trabajo, alcohol, cigarro y sufrimiento. Les dije que ya no podía practicar la caza submarina como antes. Ellos me decían que no parecía tener mis veinticinco años sino diez más (quizá si dejara el tabaco, el alcohol, hiciera deporte y gimnasio). Yo les respondí que lo mismo decían de Hemingway, que a sus cincuenta años parecía veinte años mayor.

De pronto, mientras ellos se contaban unos chistes, la mirada se me nublaba, la vista se me desenfocaba borrosa y me dieron muchas náuseas. Ellos me preguntaron si me sentía bien, que me veía pálido y desencajado. Les dije que tenía que ir al baño.

Fui corriendo al baño, me encerré frente al inodoro y vomité todo el pescado con verduras y vino blanco que almorcé, todo el jugo de frutas con red bull del desayuno y el pisco sour de entonces y vomité bilis, arrojé todo mi hígado por el desague.

No fue ni la primera ni la última vez, por lo menos esa vez no vomité sangre. En el baño nadie se dio cuenta. Me lavé la boca y me mojé la cara. Regresé donde mis amigos que conversaban muy animados.

Hasta que se acercó Natalie, me dijo que el aroma de mi perfume se sentía por todo el restaurante. Me pedí otra copa para contarles que ese fin de semana bailé con una hermosa modelo en la discoteca más exclusiva de Lima.

Me dijeron que yo era muy egocéntrico, yo les respondí que amaba la vida y como la vida que más conocía era la mía quizá por eso hablaba tanto en la vida que se centraba en mí.

Hasta que dieron las ocho y nos fuimos a nuestras respectivas clases de francés.

Estuvo divertida la clase.

Me había levantado temprano ese día pero debido al buen trago estaba inspirado y previos whiskies escribí dos hermosos poemas en mi casa hasta que los terminé y me iba a ir a acostar no sin antes entregarme a la paja de todas mis noches con el excitante recuerdo del amor de mi vida.

Esas pastillas son muy tóxicas.

Quería dormir, estaba muy cansado. Sin embargo, en pijamas, echado en mi cama mi corazón me traiciona, golpea fuerte como si ese fuera su último latido.

De un momento a otro yo estaba ido y eran las ocho mujeres más hermosas que cualquier mortal puede haber visto en la faz de la tierra en una playa paradisíaca playa de arena blanca y agua cristalina. Ocho hermosas mujeres que parecían gemelas en bikinis blancos. Parecían del sports illustrated o de hawaiian tropic allí posando para mí solo. Me miraban con esas caras angelicales, los rostros más hermosos que hay. Seis rubias como el sol, una castaña, otra de pelo marrón. Ojos celestes, azules, verdes, grises, castaños. Cuerpos perfectos como las modelos cotizadas que eran.

Yo estaba allí solo con esas ocho mujeres despampanantes que revoloteaban juguetonas a mi alrededor, se echaban en poses en la arena, se metían al mar, se llenaban de arena, se abrazaban y acariciaban entre ellas frente a mí, mirándome fijamente con esas caras las más hermosas que existen en un humano hembra. Impúdicas se tapaban los senos paradas allí o sino caminaban por allí juntas, reían y se hablaban y se echaban en la arena con gestos de placer.

Me gustaba Rachel la cazadora, Verónica tenía un rostro demasiado hermoso, Rebecca era la más alta, Yamila era demasiado sexy con ese pelo marrón, Carolyn tenía en el rostro unos gestos hermosos, Daniela tenía un hermoso cuerpo atlético, Elle me seducía con esos senos

hermosos y sus gestos de placer, Elsa tenía un trasero formidable. Parecían hermanas de ser tan hermosas.

De pronto ellas dejaron de abrazarse y jugar entre ellas, me miraron, se acercaron y me acariciaron y besaron, ellos ocho enredándose por mi cuerpo con esas manos preciosas y esa piel suave y tersa.

Me desperté y miré mi reloj, eran las ocho de la mañana. Mi calzoncillo estaba pegajoso pero yo sudaba frío, tenía las manos adormecidas con calambres y me dolía todo el cuerpo como si me hubieran golpeado toda la noche. Los huesos me dolían terriblemente. Debía dormir más porque no me podía levantar.

Y pensé ¿Qué carajos has escrito? está todo mal, soy un desvergonzado. Me atormentaba una pesadilla que nunca recordaré, recorrían por mi mente mis peores demonios interiores. Me torturaban mis pensamientos insondables.

Son las ocho, debería ir al gimnasio, hacer deporte, dejar el tabaco y el alcohol, acostarme temprano, para levantarme fresco y recuperado y si así lo hiciera además no escribiría nada de lo que escribí y por lo tanto no hubiese tenido esas pesadillas que me atormentaban pensando que soy un desvergonzado por eso que escribí estando ebrio y me dije ojalá renuncie a este auto flagelo y algún mes me nivele.



Mauricio **d**el **C**ampo
10 de julio del 2009

Mauricio
del Campo Robinson